

# EL CAÁ-PÍ Y EL HATAJ, DOS PODEROSOS ILUSIÓGENOS INDÍGENAS

por LÁZARO FLURY

## Summary

In South America particularly in the Gran Chaco region, two species of plants of incalculable therapeutic value when properly applied, exist. These are known as *Caá-pí* or *ayac huasca* (*Banisteria caá-pí* Spruce) and *Hataj*, which is also called *cebil*, *cohoba*, *vilca* and *curupá*. Both plants have almost identical properties, serving as stimulants in small doses and as anaesthetics in larger quantities, also stimulating visions in the latter case. Their use dates from ancient times among all Indians of South America who made use of their magic properties on the occasion of their ritual and religious ceremonies. *Caá-pí* was imbibed in liquid form, a derivation from its leaves and bark; *hataj* was inhaled as a dust from seeds toasted previously. Special nasal tubes were used for inhaling. The state of euphoria and sopor which followed was accompanied by visions of every kind attributed to magic influences. This state permitted them to feel a presentiment of events, cure illness and speak to the Greater Spirits of the tribe. Consequently, whenever the tribe met difficult problems, they were resolved by consulting the *Cemi* or Greater Spirits through a special ceremony or meeting of witches where it was indispensable to put oneself in a trance through the medium of this drug.

The potency of both drugs suggest the possibilities of their application in modern medicine as stimulants and anaesthetics. This would not be the first time that the empirical medicine of the aborigines has given materials of inestimable value to modern medicine, to be made available to civilization.

## El *caá-pí*

El *caá-pí* o *hayac huasca*, no es un vegetal desconocido por los hombres de ciencia. El 21 de noviembre de 1930 en una Comunicación a la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires, el ilustre Dr. Juan A. Domínguez (que tanto trabajó a favor de los indios argentinos), hizo conocer ampliamente las singulares propiedades del *Caá-pí* (*Banisteria caá-pí* Spruce). La Academia de Medicina, reconociendo la valiosa contribución del eminente médico, hizo imprimir en folleto la citada Comunicación que encontró favorable acogida en los círculos científicos de Europa. Sin embargo, la medicina no aprovechó las virtudes terapéuticas de esa planta, a pesar de la demanda de vegetales de ese tipo en la farmacoepa universal.

El *Caá-pí* es una liana, especie de enredadera que crece espontáneamente en los bosques del Chaco, Formosa, Misiones, y por extensión

en las selvas del Brasil, Ecuador, Colombia y otros países de América del Sur. Ya los misioneros —Motolinía, Sánchez Labrador y otros— habían observado que los indios ingerían infusiones de esa planta para obtener un estado de semiebriedad y para infundirse valor. Más tarde el sabio Aimé Bonpland lo consigna en las notas de su Archivo. El investigador ecuatoriano Manuel Villavicencio es el primero que da a conocer las propiedades estupefacientes del *Caá-pí* en su obra *Geografía de la República del Ecuador*, publicada en Nueva York en 1853. A partir de entonces son muchos los botánicos y hombres de ciencia que comprobaron sus propiedades con distintas apreciaciones, especialmente energéticas y sedantes. Orton (1867); Wiffen (1894); Kock Grunberg (1908). Routhier en 1924 publica en *Paris Medicinale* un interesante trabajo sobre el ilusiógeno que nos ocupa, bajo el título de “El yagé, planta telepática”, y describe los efectos de la misma: ingerida en pequeñas dosis es enervante; en dosis medianas, energética; y en dosis mayores origina en el individuo visiones extraordinarias. En ese estado el afectado, como un vidente, trasmite hechos pasados, adivina el pensamiento y capta (a su modo) el mensaje de un ser superior y sobrenatural. Tenemos pues una planta ilusiógena y telepática. (En muchas regiones es conocida por *caá-pí* o *yagé* indistintamente.)

En 1908, el ya citado Kock Grunberg, que recorrió el noroeste del Brasil, observó que los Hianakota-Umaná, llamaban “yagé” a la *Banisteria Caá-pí*, que era utilizada por las poblaciones entre el Napó y el Yapurá, para procurarse una ebriedad eufórica, la que habiéndola tomado le hizo experimentar la visión de múltiples luminiscencias de vivos colores matizados con flores (imágenes geométricas), rojas, mientras que su compañero de viaje tuvo un magnífico ensueño de carácter onírico. Crèveaux, el médico francés, explorador que en 1882 vino a morir en el Chaco a manos de los tobas cerca de la laguna Ipanti-pucú, en las proximidades del Pilcomayo, ya en su viaje a través de Colombia y Venezuela, estando en San Fernando de Atabápo, tuvo conocimiento del uso que los *piay* (adivinos médicos), hacían de la raíz de una liana que llamaban *Caá-pí*; mientras que en el Sur de Colombia observó que los Coreguaje tomaban una bebida enervante, el *yahé* que preparaban por la maceración y decocción de una corteza, la que vio beber a un médico aborigen antes de atender a uno de los indígenas que lo acompañaban que estaba enfermo, convencido de que el *yahé* tenía virtudes que le conferían el poder de predecir sobre la enfermedad. (Crèveaux. *Voyages dans l’Amérique du Sud*. Paris, 1883.) Esto mismo fue observado por Preus en Colombia Oriental, quien relata que vio un médico de la raza “betoya” tomar el *yahé* en las ceremonias que efectuó para curar un enfermo. En 1923 G. Fischer

Cárdenas presenta como tesis a la Facultad de Medicina de Bogotá —*Estudio sobre el principio activo del Yagé*— el aislamiento de una nueva droga proveniente del *caá-pí* de propiedades oníricas y metagnómicas, a la que llama “telepatina”. Barriga Villalba, Zerda Bayón y otros investigadores llaman al nuevo alcaloide “yageina” y “yagenina”. El profesor Lewin, de Berlín, que estudia sus propiedades lo clasifica entre los ilusiógenos de mayor poder.

En efecto, los trabajos de los hombres de ciencia establecieron que ingerido en dosis leves como infusión, obra como energético y estimulante. En altas dosis excita en forma desorbitada los sentidos y especialmente la vista, crea alucinaciones y propensión al sueño. La exaltación de los sentidos es tal, y la sensibilidad del cerebro se eleva a tal punto, que los afectados llegan a percibir los objetos en una oscuridad casi completa. Un cacique de Espinillo (Formosa) nos relataba que ingería el *caá-pí* para “encontrar” a sus familiares difuntos, pues los distinguía y podía hablar con ellos en plena oscuridad “como si fuera de día”. Al estado de euforia o luminiscencia sobreviene un estado de somnolencia, durante el cual la insensibilidad es total. Al mismo tiempo —dice el Dr. Domínguez— “la aceleración de la imaginación subconsciente lo pueblan (al cerebro) de ensueños de tal precisión y nitidez y que afectan tal carácter metagnómico, que han contribuido a crearle a la planta una sólida reputación mágica y adivinatoria en ambientes extraamericanos”.

Los indios la tenían precisamente —y la tienen aún hoy— por planta mágica, por las alucinaciones que origina y llaman a la infusión con el nombre guaraní de *yagé*. Tal las propiedades de este vegetal de la flora chaqueña, que según lo ha probado la ciencia, puede reemplazar con éxito el uso del éter, bromuro, cocaína y otros anestésicos corrientes, con la ventaja que en dosis reducidas puede servir de estimulante y energético. La acción anestésica local establecida por Régnier es de 0.4 % de clorh. de banisterina, que Merck utilizó con éxito.

Actualmente el uso del *caá-pí* o *yagé* se halla circunscripto a algunas tribus tobas del Alto Pilcomayo y Chorotis de Formosa hasta el límite con Bolivia. Esto en lo que respecta a la República Argentina. En 1952 el misionero A. Grub tuvo ocasión de comprobar su uso. Preparan una infusión con las hojas y a veces la corteza de la planta, y luego ingieren el brebaje en dosis convencionales, según el efecto que buscan y conocen perfectamente. Afortunadamente este conocimiento regula su uso por los indios, evitando excesos lamentables.

Dr. Juan A. Domínguez, las primeras sustancias que los acompañantes de Colón vieron utilizar a los indios como ilusiógenos.

El Padre Pané describe, a propósito de la *cohoba*, la ceremonia de consagración de un ídolo, durante la cual los hechiceros hacían sus consultas después de colocarse en un estado especial de espíritu por la aspiración de su polvo. “La aspiración de la *cohoba* —refiere— les causaba fuerte embriaguez, haciéndoles ver que las chozas se venían hacia ellos y que sus compañeros caminaban con los pies para arriba. Al salir de dicho estado relataban lo que los *Cemi* (espíritus mayores) les habían respondido o anunciado.” Fernando Colón pudo comprobar que para guardar el polvo los nativos tenían hermosas tabletas de forma cuadrilátera y que lo tomaban por medio de un tubo nasal de dos ramas.

El Padre Bartolomé de las Casas hace una relación detallada de la *cohoba*, afirmando que acostumbraban a celebrar una especie de reuniones, en las cuales el jefe aspiraba el polvo, cuando tenían que decidir asuntos de gran interés para la tribu. López de Gómara al tratar de la “religión de la isla Española”, describe la práctica de los médicos hechiceros, a quienes llama *bohitis*, en forma parecida al Padre las Casas, agregando además que también la utilizan para curar a los enfermos, dándoles a aspirar pequeñas dosis y en algunos casos a fumar porciones de polvo en una pipa rústica a la manera del tabaco. En 1583 Sotelo Narváez describe el empleo del polvo de las semillas del *cebil*, entre los comechingones de las sierras de Córdoba. La Condamine menciona el uso de esta droga entre los Omaguas. He aquí gráficamente su relación: “Los Omaguas utilizan mucho dos clases de plantas: una, la que llaman Floripondio los españoles; otra, que en la lengua omagua se llama *curupá*; las dos son purgantes. Estos pueblos se embriagan con ellas, durando la borrachera veinticuatro horas, y mientras se hallan bajo sus efectos tienen visiones muy extrañas; toman también la *curupá* en polvo, como nosotros el tabaco, pero más aparatadamente. Utilizan una caña hueca terminada en horquilla y con figura de una Y introduciendo cada rama en una fosa nasal; esta operación seguida de una aspiración violenta, los obliga a hacer una mueca, muy ridícula a los ojos de los europeos que quieren relacionarlo todo con sus costumbres.” El sabio Bertoni en su obra sobre los Guaraníes, consigna que los médicos hechiceros empleaban y emplean en su país, ilusiógenos y estupefacientes que designaban con el nombre genérico de *kurupa* y que desde el Amazonas hasta el Paraguay se conocen varios *kurupas*. Los Guaraníes del Paraguay empleaban y emplean todavía hoy las semillas semitorradas y pulverizadas de las especies *Piptadenia*, cuyos árboles se los designaba

con el nombre de *Kurupayará*, con que se lo conoce en la actualidad. Boman, Kock Grunberg y el Padre Lozano mencionan también el uso de esta droga entre los indios de Bolivia, Brasil y el Orinoco. Puede verse pues que el uso del *Hataj* o *cebil* era conocido por todos los indígenas sudamericanos y que lo empleaban especialmente como elemento ritual y mágico de sus ceremonias religiosas.

Creemos con fundamento que la ciencia moderna, a pesar de la demanda creciente de anestésicos vegetales, no ha aprovechado aún las propiedades de estos dos poderosos ilusiógenos naturales, que pueden proveer excelente materia prima para elaborar anestésicos naturales superiores a la cocaína, al bromuro y otros de uso común en nuestra farmacopea.

Toda América del Sur, y la región del Gran Chaco especialmente, guardan en sus selvas milenarias, enormes riquezas naturales que solamente esperan la acción del hombre para brindar sus beneficios.

